

cometía, por primera vez, el delito de infidelidad, y al amante titular que la necesidad le imponía, asociaba el que había escogido ella para apacentar su fantasía ociosa y dar calor ficticio á su corazón yerto. Esto sucedió poco después de aquel banquete del Tivoli, en que ganó tanto el General López, viéndose así cumplido también el otro refrán, que anuncia desgracias en amores á los afortunados en el juego.

CAPÍTULO XV

Las heces del licor

Patillitas estaba muy contento de su conquista. ¡Qué suerte había tenido! Su buena estrella en materia de mujeres crecía en vez de menguar, lanzando cada vez fulgores más vívidos. ¡Qué mujer tan guapa, tan amable, tan cariñosa, tan tierna, tan dulce, tan ardiente... y tan barata! ¡Vaya que era una bendición de Dios!

Aquella situación le encantaba. Patillitas había soñado siempre en unas relaciones como aquellas, y jamás se había realizado su sueño. Ahora había un editor responsable, un *pagano*, que cargaba con los gastos, mientras que sólo las dulzuras eran para él. «¡Qué pillo soy!» decía, frotándose las manos.

Mercedes también estaba contenta con su hallazgo. Tenía un amante de su gusto, que le hacía recordar las épocas dichosas de su vida. Es verdad que la atormentaban ciertos escrúpulos, algunos celos y no pocas inquietudes; mas tales inquietudes, celos y escrúpulos, en

vez de amargar, servían de picante condimento al manjar de que, tan á su gusto, se hartaba.

A menos que escrúpulos reducía aquella mujer las reflexiones que pudieron condenar su infidelidad. Para este viejo, solía decir, no soy más que una mercancía, no hace más que pagar á vil precio mis condescendencias y favores, y fuera locura exigir que un hombre de tal facha y de tal fecha llenara de tal modo mi vida, que nada más cupiera en ella.

En cuanto al temor de ser sorprendida por el General, ó á lo menos de que éste se impusiera de sus relaciones y de su infidelidad, tenía por remotísima cosa. De lo que menos cuidaba el hombre era de ella, vivía absorto en sus especulaciones financieras, en sus negocios lucrativos, y no pensaba más que en medrar.

«¿Quién le mandaba ser tan confiado?» pensaba Mercedes. No sabía el viejote que la ocasión hace al ladrón. Además, examinando todo bien, aquella confianza, lejos de lisonjearla la ofendía, pues era señal de la indiferencia y del desdén con que el General la veía. Ciertamente la hubiese molestado verse celada, pero también la hubiera complacido, pues así hubiera mostrado el viejo que la veía como prenda suya, cuya posesión exclusiva estimaba, y no como el instrumento de un deleite que iba á gustar á hora fija.

Los dos amantes estaban, pues, muy tranquilos. Para llamar menos la atención acordaron verse en la misma casa; no había vecinos, ni siquiera portero; la criada era el único testigo, pero era fácil alejarla y quedar dueños del campo.

De más es advertir que ya Patillitas sabía la situación de Mercedes por boca de ella misma. Sabía que metía su hoz en la mies del General López, personaje á quien no conocía más que de nombre, y en sus cálculos de muchacho precavido, creía muy del caso echarle á aquel ogro la vista encima. Conociéndole estaría más á cubierto de una sorpresa y era menos fácil caer inocentemente en alguna ratonera.

Cavilando sobre el modo de conocer al General, se acordó que Pacotillas escribía en un periódico de que era director aquél. Ya tenía el hilo, pero ¿cómo dar con Pacotillas? Desde que éste se metió á periodista iba poco á cátedra, Patillitas iba menos aún; buscar á su amigo en la casa en que vivía no le parecía conveniente, porque Amalia veía con malos ojos á los camaradas de su amante, creyendo, la muy inocente, que lo llevaban á malos pasos y se lo echaban á perder.

En tales incertidumbres creyó el feliz galán que lo mejor sería ir á la redacción; por Mercedes sabía las señas y que por las mañanas el General estaba siempre allí.

Una de tantas mañanas fué, pues, allá, preguntó por el señor Téllez, le introdujeron al departamento de los redactores, y en él encontró reunido al cónclave periodístico. El General con su robusto cuerpo y su gran fealdad llenaba el sitio, estaba sentado con los codos apoyados en la mesa y las sienes en las manos, leyendo con mucha atención un folleto de forro colorado.

Patillitas, al verlo, tembló de miedo. Se fijó en las gruesas manos, en los robustos brazos, en los hombros anchurosos, y en la cerviz de toro del General; y, por

un cálculo rápido, comprendió cuán mal parado quedaría si se viera en las garras de aquella fiera.

Mas la fiera, al ver entrar al estudiante, le sonrió con amabilidad, se puso en pie y le dijo con gran cortesía:

—¿En qué podemos servir á usted, caballero?

—Buscaba al señor Téllez,—contestó Patillitas algo turbado.

El señor Téllez estaba corrigiendo unas pruebas, el Changuito escribía con mano febril en unas cuartillas.

Pacotillas al ver á su compañero se puso en pie, y le tendió cariñosamente la mano, diciéndole:

—¿Cómo te va, Rómulo? Te presento al señor General López, nuestro director.

El Chango apenas levantó la cabeza, saludó á su amigo con un gesto casi protector, como dando á entender la contrariedad que le causaba aquel visitante, distrayéndole de sus hondas meditaciones periodísticas.

Patillitas estaba muy turbado. En la pieza anterior había leído un cartel que decía con grandes letras: «No se admiten visitas ni platicadores.» Se esforzaba por hallar pronto un pretexto que justificara su presencia, y se daba á todos los diablos por haber cedido á la tentación de ir á aquel sitio.

Hizo una gran reverencia al General López, mascullando las frases dijo su nombre, las señas de su casa, y agregó que necesitaba á Pacotillas para un asunto particular muy urgente; que si el señor Téllez no estaba muy ocupado, y el señor Director lo permitía, quedaría él muy agradecido si el señor Téllez le acompañaba una media hora.

—El señor Téllez está á las órdenes de usted,—dijo el General con bondadosa cortesía.

Los amigos se despidieron; el Chango tendió de mala gana la mano izquierda para estrechar la de Patillitas, el cual se inclinó ante el General, y al darle la mano, sintió horribles temores de que no se la soltara y se la quebrantara con aquel puñote, cuya hercúlea fuerza calculaba.

Cuando estuvieron en la calle, Patillitas se frotó las manos repetidas veces, casi saltó de regocijo, é hizo todas las demostraciones del que se ve libre de un gran peligro; y dijo á Pacotillas, hablándole con suma volubilidad:

—¡Qué placer tengo de verte, hombre, tenía unas ganotas de charlar contigo: tengo tantas cosas que contarte, y como te vendes ahora tan caro! Pero, en fin, ya estamos en la calle, ¡qué dicha! ¡Haber salido de aquella madriguera! ¡Si vieras qué miedo tenía!

—La casa es fea, el Chango más, y el dueño de la casa y amo del Chango, es mucho más feo aún,—dijo Pacotillas,—y sin embargo no encuentro motivo para que te asustes.

—No sabes lo mejor. ¿Qué sentirías al verte delante de un hortelano cuya fruta le hurtaras, ó al alcance de un bulldog á quien le cercenaras la carne?

—Temería los palos del uno, ó las mordidas del otro; pero no es ese el caso.

—Sí que lo es. Figúrate que ese Generalote tiene un huerto con exquisita fruta, y yo se la hurto; y que ese perro bulldog gusta una carne succulenta y sabrosa, en la cual hincó yo los dientes.

—Explicate más, porque no te entiendo.

Aquí el feliz amante contó á su amigo punto por punto la sabrosa aventura, salpicando la relación con los comentarios más incitantes, y con las más picantes agudezas. Aquello fué una exhibición completa de lo físico y moral de Mercedes, no hubo gracia en su cuerpo, por recóndita que fuera, ni don de su alma por reservado que lo tuviese, que el presumido amante no pusiera de manifiesto á su confidente y amigo.

Los ojos de Patillitas brillaban de regocijo al contar su buena fortuna, hacíasele agua la boca, y chasqueaba la lengua al detallar ciertos pormenores de la apetitosa golosina; parecía que en referirlo encontraba aún más deleite que en saborearlo. Si la pobre mujer hubiera oído el más inocente de aquellos comentarios, se habría mortificado por muy desvergonzada que fuera.

Pacotillas celebró mucho la buena suerte de su amigo. Como aborrecía cordialmente al General, le daba gusto todo lo que pudiera contrariar á éste; le parecía equitativo que la fortuna, que tanto favorecía al dicho personaje, le brindara también uno que otro desabrimiento.

—Y ahora, dime, pedazo de estúpido: ¿qué idea tan infeliz tuviste de irte á poner delante de ese hombre?

—Quería conocerle. ¿No ves que hubiera sido muy chusco, que sin saber siquiera de qué color tiene el pellejo, que tostado viera yo, fuera á meterme en su casa en sus propias barbas?

—¿Pero no comprendes, hombre cien veces bárbaro, que en cambio de la pequeña ventaja de conocerle, tienes ahora la gran desventaja de que él te conozca? ¡Oh! ¡y el ojo que tiene el condenado! puedes jurar que de

aquí en adelante te reconoce aunque te vea en picadillo. ¡Pobre de tí si te coge con las manos en la masa! Muy amargo te saldrá el bocado.

—Ciertamente fué estupidez muy grande haber venido, pero como no se te puede ver en ninguna parte, no hubo otro remedio. No creía encontrarme con él de sope-tón, mi plan era que salieras, y me lo enseñaras sin que él me viera. En fin, ya está hecho: ahora, fuera de bromas, dime si crees que corra yo algún peligro.

—Ya quisieras tener las barbas tan grandes como el peligro en que estás.

—Tú te burlas de mí, quieres asustarme, supongo que no será cosa de que ese mal ladrón me mate.

—No te matará, pero puedes tener por seguro que te hace algo que no olvides en toda tu vida; á ese hombre el que se la debe, se la paga. Ya te digo, cúidate mucho, que si sabrosa ha sido la aventura, desabrido y amargo puede ser el fruto.

—No hay cuidado, vive muy confiado, jamás cela á su querida.

—El confiado eres tú. Ya ves sus ojos vizcos, parece que nada ven, ¿no es verdad? pues se entera hasta del vuelo de una mosca; si vuelve la vista á la derecha, puedes jurar que está mirando á la izquierda; mira que yo le conozco mucho, como que llevo tiempo de lidiar con él; ya me tiene hasta el copete, y si no fuera por esta maldita necesidad, ya le hubiera tirado á la cara su indecente periódico. Yo no sé cómo el sinvergüenza del Chango no se muere de puro asco, pero al contrario, se le quisiera meter por los ojos.

—Estás preocupado, yo tomo mis precauciones, Mercedes también, pues no deja de tenerle miedo, y no hemos podido observar que recele ó desconfie.

—No se fíen, ese hombre disimula admirablemente; pone en planta sus proyectos con una paciencia inaudita, y tiende sus redes con tal finura, que ni la araña las urde más sutiles. Óyeme, porque te importa, yo podría apostar que ya los tiene en sal; quizá no le faltaba más que conocerte, y tú mismo has hecho la inocentada de ir á mostrarle tu facha de sietemesino y tu cuerpo endeble; en fin, has ido á abrirle el apetito.

Los dos amigos se despidieron, Patillitas se fué muy asustado, por más que creyera que su amigo había exagerado mucho. El corazón humano es tan mezquino, que halla gusto en amargar, con ideas de peligros imaginarios, las dulzuras de los demás.

Por desgracia Pacotillas no había sido inspirado por la ruin envidia; no era envidioso, y aun siéndolo, no habría encontrado qué envidiar en la cacareada aventura de su amigo. El gozaba, sin zozobras ni inquietudes, del amor de una joven linda y buena que le llenaba el alma; al hablar á Patillitas, no hizo sino expresar sincera y bien madura creencia.

Y no se había equivocado. El General tenía ya tendidas sus redes, y estaba á punto de coger á los desapercibidos amantes. Bonito era él para hacer papeles ridículos, y para consentir que otro gustara de lo que pagaba él. Era hombre de muchos recursos, y donde menos se pensaba, tenía un agente eficaz, dispuesto á servirle.

El gendarme de la calle en que vivía Mercedes había

sido su asistente, entró á la gendarmería por recomendación del General, que le había hecho otros favores, por todo lo cual el tal gendarme estaba dispuesto á servirle.

Cuando López comenzó á visitar á Mercedes, y al segundo ó tercer día de tenerla por suya, se encontró con su antiguo asistente, el cual le cedió la acera, se cuadró militarmente, y exclamó:

— A la orden de usted, mi General.

— ¿Cómo te va, Pablo?

— Bien, mi jefe.

— ¿A dónde vas?

— A la casa de usted, mi jefe; me acaban de relevar; mi puesto es la calle del Carmen, y cuido hasta la plazuela.

Aquellas palabras inspiraron al General un plan de vigilancia, celebró la coincidencia que le permitía expiar á su dama sin aparentarlo, y sin que ella ni remotamente lo sospechara, dijo, pues, al polizonte:

— Mira, me vas á hacer un servicio.

— La vida puede pedirme, mi jefe.

— En la calle del Carmen vive una persona, cuya conducta me importa saber; me vas á seguir con disimulo, para que veas á qué casa entro; allí vive la señora que te digo, después sin que ella note nada estarás pendiente de su modo de vivir, de si entra, si sale; en fin, quiero saber si se porta bien: ¿me entiendes? pero lo has de hacer con mucho disimulo, sin que ella se entere; yo voy á verla casi todas las noches, tú me esperarás en San Pedro y San Pablo y me dirás lo que haya.

— Descuide, mi jefe, ya sabe que soy bueno, no es la primera vez que le sirvo.

— Guarda este duro y vámonos.

López echó á andar, á distancia de algunos pasos le seguía Pablo, el cual vió en qué casa entró aquél y se marchó.

En los primeros tiempos nada sospechoso advirtió. Cuando pasaba el General, se cuadraba á lo militar, y le decía:

— No hay novedad, mi jefe.

El General le alargaba un duro, una que otra noche, y seguía su camino.

Tres meses transcurrieron así, ya López comenzaba á creer que había dado con una mujer honrada, lo que le sorprendía no poco, cuando una noche al encontrar á Pablo, éste, cuadrándose, le dijo:

— Enemigo al frente, mi jefe.

Aquella voz de alarma llamó la atención del General. Su espía le contó que un joven, de cuyos pelos y señales le informó minuciosamente, había estado la tarde entera en acecho de la ventana, pero que la niña se había portado con mucha honradez y no había hecho caso.

Encantado el General con la vigilancia de su Argos, y satisfecho de las noticias, le alargó dos duros. A la siguiente noche el Argos, cuadrándose como siempre, dijo:

— Enemigo al frente, mi General, pero sin novedad, porque la plaza se defiende muy bien.

Y le contó que el joven aquel, había estado la tarde entera haciéndole señas y visajes á la niña, pero que ésta